

Andrés Valdespino

M. Nr. 24/956

## El Ruido... y Otras Cosas

EL recién estrenado Jefe de la Policía Nacional ha anunciado enfáticamente que acabará con el ruido en La Habana. Hay que felicitarlo.

Por lo menos por la intención. Nuestra Capital se ha ganado muy merecidamente el título de la Ciudad más bullanguera del mundo. Y lo peor es que con extrema frecuencia se hace ruido por gusto. No hay necesidad, por ejemplo, de que todo el vecindario tenga que soportar la guaracha de moda que al bodeguero o a su clientela le da por escuchar reiteradamente en la escandalosa victrola. Como resulta inútil y gratuito el ruido ensordecedor del impaciente "chofer" que no tolera que el carro que le precede se encangreje, que no comprende o no quiere comprender que si el tránsito se ha detenido ha sido a causa de un "tranque", o que simplemente anuncia estrepitosamente, a bocina sonante, que le calle para él es una pista de carreras, y que hay que abrirle paso o morir despachurrado. Todo eso sin contar con la natural propensión del criollo a enterar de viva voz a todo el que pase por su lado del diálogo que sostiene con el amigo. O con ese desarrollado espíritu de solidaridad social por el cual el inquilino de un piso cualquiera se cree en el deber de hacer participar a los vecinos de otros pisos de los histéricos gritos de las Milanés en "Historia de Tres Hermanas", o de los ruidosos aplausos del público que asiste a la "Escuela de Televisión".

Podría hablarse mucho de todo este asunto de los ruidos. En broma y en serio. Tan en serio,



que si a la vuelta de unos cuantos años no se ha atenado el problema, aunque el timpano resista se habrán roto lastimosamente los nervios de todos los cubanos. Y ya desde ahora habrá que preguntarse en qué medida ha influido todo esto en el desequilibrio psíquico que cada vez se manifiesta más agudamente en nuestra población.

Por eso hay que animar a las autoridades que demuestran alguna preocupación por estas cosas. Y aprovechar la oportunidad para recordarles de paso que si el propósito es poner en orden La Habana, está bien que se trate de convertirla en una ciudad silenciosa, pero también urge atender a otras "cosillas" que aunque no hacen ruido (y a veces también lo hacen), resultan tan escandalosas como el ruido mismo. Y tan perniciosas como él para el buen crédito de nuestra Capital. Por ejemplo, el juego. Por ejemplo, la prostitución callejera. Por ejemplo, las casas de cita en barrios residenciales. Y alguna que otra cosa más que haría interminable la lista.

Sabemos, por supuesto, que en una ciudad como La Habana, con su millón de habitantes y su importancia geográfica, comercial e industrial, no podrá nunca desarraigarse el vicio en forma definitiva. Una gran ciudad no es un convento de monjas. Pero de eso a que el vicio se exhiba impudicamente a los cuatro vientos y se anuncie con idéntica publicidad a la de un producto comercial cualquiera, va una gran distancia.

El caso de la prostitución, por ejemplo, es sintomático. Sin entrar ahora en sus causas y sus posibles remedios, cuestión de biología social que ha dado bastante que hacer en todos los tiempos y en todos los pueblos, es indudable que el desdichado oficio de esas infelices mujeres es

fenómeno común a todas las grandes ciudades. Y aun a las que no lo son. Pero lo menos que puede hacerse es confinar la prostitución a la intimidad de los burdeles, y evitar esos espectáculos callejeros que a diario se ven entre nosotros en cualquier barrio, de las solicitas y solicitadas representantes del amor tarificado, reclamando clientela con silbidos, gritos y expresiones "nada edificantes", o exhibiéndose públicamente sin recato alguno. Como habría que cortar por lo sano, igualmente, con los casos aún más repelentes de esas exposiciones de homosexualismo en paseos, parques y avenidas, en que desgraciados adolescentes alardean de sus desviaciones sexuales en modales, vestuario y actitudes. O con la costumbre, ya bastante extendida, de fabricar, instalar y explotar económicamente sospechosos hoteles y casas de "dudosa reputación" en cualquier barrio residencial y hasta en las proximidades de un colegio, un asilo o una creche.

También en esa tarea de adcentamiento que está pidiendo a gritos nuestra Capital, entra el espinoso problema del juego. Con el mayor desparpajo del mundo se juega hoy en Cuba "al prohibido". Ya ni siquiera se tiene el recato o el pudor de ocultar las listas de apuntaciones. Se apunta a la vista de todos. Se publican los números premiados como si fueran de la Lotería autorizada. Y se instalan vidrieras dedicadas "exclusivamente" al lucrativo negocio, sin disimularlo aun con la venta de otras mercancías.

Todo esto no será ruido. Pero sí es escándalo. Y tan necesario como atenuar la excesiva sonoridad capitalina será suprimir la pública exhibición del vicio.

**PH**  
PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA